

Mariano Azuela.

## EL QUE LA DEBE... (1)

**E**L trimotor pasa zumbando, hace una cabriola pedantesca sobre los muros ruinosos de la capilla, sobre el caserío incipiente de la Comunidad Agraria y sobre las paredes geométricas y encaladas de la Casa del Pueblo, y sigue su derrotero.

Sin removerse apenas, señor Dámaso lanza un gruñido. El de todos los días, el de la misma hora. Arriado al muro, emerge como excrecencia de los propios adobes, enorme lagartija inmóvil.

Y todo entra de nuevo en silencio, hasta el inextinguible rencor del viejo.

---

(1) Para los lectores de *Atenea* nos ha enviado Mariano Azuela, como una primicia, este hermoso capítulo de una novela que prepara y que pronto verá la luz pública en México. La figura literaria de Azuela es sobradamente conocida en América. Un sólo libro *Los de Abajo*, la llevó como en una racha triunfal hasta los últimos confines del continente. Europa ha conocido ya, en una traducción francesa, el arte de este novelista que cuenta entre los más vigorosos de indo América. Para muchos, *Los de Abajo* es de las novelas más típicas de América. Quizá, la síntesis más dramática y mejor lograda de las guerras civiles. En un escenario de tal ferocidad instintiva, Azuela supo mantener la nota superior del artista. En México se ha producido este fenómeno literario con la generación que cruza, por en medio de la barbarie desencadenada de la revolución y mantiene, no obstante, una línea admirable de buen gusto y un sentido muy noble del arte. En sus otras novelas *Los Caciques* y *Las Moscas*, la vitalidad es una mezcla de humorismo y de tragedia. Al mismo tiempo que levanta la nota patética, el dramatismo que toda revolución lleva en su entraña, descubre al modo de un contraste, en los hombres y en las situaciones, el instante del ridículo o de la caída en la risa. Menos patetismo que en *Los de Abajo*, pero más ironía, un sentido más puro de la sátira. Este capítulo anticipa en la concreción de sus cuadros y de su estilo, la belleza de la novela próxima a aparecer.—D. M.

—Papá... papá... croque por ai viene ya el pinacate.

Voz atiplada, femenina, entre la magueyera, a espaldas del jacalucho. Crescencia, en camisa de manta sin mangas y muy escotada, angosta falda a medio tobillo, descalza, pasa con el cántaro al hombro.

—Es de veras, papá... óigalo...

La lagartija se desprende de sus terrones, se hincha, se yergue y, paso a paso, avanza por el camino polvoso y quemante. Un bultito negro, tambaleante, se adivina en la borrosa lejanía.

Cortando inmensos cuarterones negros, barbechos en volteo, el mar reverberante de rastrojales y zacatón, la cinta blanca, sembrada de blancas espirales de polvo, culebrea y se alarga hasta desvanecerse en los confines inundados de luz cenital.

Los guaraches chapotean en un lago de tierra. Gabán de lana musga cubre sus anchas espaldas, sombrero de palma su ruda cabeza y los calzones de manta, muy ajustados a las posaderas, le ciñen las huesudas pantorrillas.

Detrás viene señora Martina, menudita y encorvada, limpiándose las lágrimas de su regocijo con las barbas del rebozo. Muy lavadas de cara, Crescencia la mayor y la más fierita y Ramona, alocada de contento. El Sultán además. Husmea aquí, se mea allá, alza la pata en cada tronco seco y en cada piedra. Sus ojos negros, implorantes, interrogan ora a señor Dámaso, ora a señora Martina. Y cuando de pronto lo adivina todo, punteando sus narices por la carretera, da un aullido y se lanza como flecha.

Con tumbos de borracho, intermitente en las ondulaciones del camino, entre la arboleda ribereña, traqueteando cada vez más recio, el pinacate aparece copeteado de camisas blancas, mezclillas azules y floreados percales. Los anchos huicholes no dejan ver las trenzas negras y brillantes ni los vivos listones. El

Sultán lo precede grave y ceremonioso, bailando a ratos, sin dejar un instante de menear la cola.

Señora Martina se lleva las manos al pecho para contener su alegría. Señor Dámaso siente también quién sabe qué revuelos por allá adentro; pero en su rostro de tetzontle nada se puede traslucir. A falta de mejor colorete, Ramona se muerde los labios. No por su hermano Ciriaco, sino por Felipe González que a distancia viene también al recibimiento.

En densa nube de tierra llega el desvencijado camión de pasajeros, describe una violenta curva, y antes de detenerse en la plazoleta se rompe como cascarrón lleno de confeti de los más vivos colores en la tierra blanca. Hombres, mujeres y niños, y entre la bola el mocetón de señor Dámaso y de señora Martina, alto, vigoroso y casi arrogante. En su rostro requemado de metálica tersura le brillan los dientes y las aporcelanadas conjuntivas.

Esfinge de granito, señor Dámaso tiende su mano prieta y nervuda que Ciriaco, descubriéndose humildemente, besa con reverencia.

Señora Martina se resiste a soltarlo de sus brazos. Quisiera decirle tantas cosas; pero ¿cómo? si la lengua se le ha hecho un trapo y un nudo la garganta.

Crescencia lo acaricia con los ojos húmedos, mientras que Ramona le pone morados los brazos y las piernas a cariñosos pellizcos.

—¿Vienes con tu cuerpo cabal, hijo?

Señora Martina lo mira, lo tienta, lo huele; y apenas lo puede creer.

En un pequeño círculo, el Sultán, ansioso por entrar, se revuelve, el hocico en alto, ahogando gemidos de alegría.

Se adelanta el primero, y cierra el cortejo señor Dámaso renqueando sus sesenta.

—¿Vienes sin lisia, Ciriaco? ¡Bendito Dios!

Los dientes del mozo rebrillan como maíces de pañoja reventada.

—Tírate en el petate, que vendrás retecansado.

—¿Cansado de qué, mamá?

—Entra tú también Jelipe: no no más te asomes. Jelipe el de los González, Ciriaco.

Felipe y Ciriaco rumoran ininteligible monosílabo y se estrechan fuertemente las manos. Ramona y Crescencia cambian guiños y sonrisas.

A distancia de la lumbre y en cuclillas los hombres hacen rueda.

—¿Mucha pelea, Ciriaco?

—Poca pelea, papá.

—¿Entonces?...

—Puros horcaos y fusilaos....

—Pero así no más... ¿sin pelea?...

—Donde uno los pepena les aprieta el pezcuezo o los acuesta y... ya estuvo...

—¡Hay, qué malas gentes! ¿pos pa qué los matan?

De tan tierna la voz de señora Martina se quiebra.

—Pos ¿por qué ha de ser, mamá? Por cristeros, por eso mero.

—¿Qué mal le han hecho a naiden pa que el gobierno sea con ellos ansina de mala entraña?

Ciriaco entreabre su camisa y muestra la huella de la reata todavía en su cuello retostado; luego un fruncido circular en mitad del pecho.

Señora Martina ahoga un grito de susto.

—Me dejaron por muerto. Si hubieran sabido siquiera como se hace un ñudo no se los estaría contando. A los federales se la perdonan a veces; pero lo que es a nosotros nunca...

Señora Martina dice sus preces entre dientes, señor Dámaso redobla sus gruñidos y todos los contemplan atónitos.

Crescencia y Ramona se han despojado ya de sus ropas domingueras; una atiza la lumbre y la otra se

sienta detrás del metate. Crepitan los leños retorciéndose en llamaradas que lamen el techo untuoso y negro. Curvada Ramona, hace correr sus bielas morenas y caen blancos copos de masa sobre la batea. En su piel dorada brillan minúsculos diamantes líquidos.

La palabra de Ciriaco es torpe, pero interesante el relato. El gesto suple las deficiencias de palabra, y señora Martina a cada detalle espeluznante, ahoga un grito en su rebozo, porque ya señor Dámaso la reprendió:

—Estas cosas no son de viejas...

Vivamente iluminado por las llamaradas del fogón, Ciriaco dilata glotonamente su nariz al hervor de las cazuelas. Pero la humareda le saca lágrimas y los chiles crepitando sobre las brasas le pican el galillo.

—Nos saldremos ajuerita mientras está el molecito.

Al amparo de un tejado, que lo mismo sirve de quiosco a los músicos en día de fiesta, que a los borrachos de dormitorio y a las gallinas de refugio, Nicolás Arenas, Otilio Sandoval y algunos otros mocetones atisban y esperan convite a la comilona, como es *el costumbre* en esta tierra. Y es igual que con Felipe el de los González: una sonrisa desvaída, un murmullo entre los dientes y un recio apretón de manos. Unos se tiran de barriga, otros se sientan en cuclillas y Ciriaco, doblada una pierna y tirante la otra, cierra el ruedo.

—¿Y del tal Calles que se dice, Ciriaco?

—Harta plata el general Calles.

—He oído hablar de una hacienda quizque tiene gallinas que sólo una vale los miles.

—Y un tren no más pa él y su familia que le cuesta dos millones...

—¿Qué le cuesta? ¿A quién le cuesta?...

—No le mientes a Calles, Ciriaco, que es lo mesmo que mentarle al enemigo malo.

—La verdá ha de icirse, papá. Muncho camino, muncha presa y agua hasta pa hogarnos.

—Por veinte fierros lo llevan asté y lo train del pueblo como en su carretela.

—Y ya no tiene qué caminar todo el día a pata o en burro si bien le va.

—¡Má! Hasta los nativos han perdido ya le vergüenza. Que lo diga Cirilo Gutiérrez que no es más que un zarcillo de Justo Jiménez... ¡pero también tú, Jelipe González? ¡Si el dijunto Fermín te oyera!

Gruñe un cerdo, revolcándose en el lodo, las gallinas medio insoladas, abierto el pico, tienden un ala y estiran la pata, el viejo gruñe a su vez, inaccesible a novelerías, hasta que señora Martina con vocecilla aguda y penetrante los llama.

En anchas tazas de barro el caldo de gordo hace ojos. Crescencia, muy encendida, mostrando sus dientes más blancos y parejos que gramos de elote, levanta con la punta de los dedos las tortillas ampolladas en el comal. Entre sorbo y sorbo, señora Martina atiende a que a nadie le falte nada. Se oye un silencio de recias dentelladas.

Ciriaco añora el pulque famoso de la hacienda de San Gabriel de los Valdivias. Señora Martina, madre previsora, saca al punto de un escondite un cantarito panzón y colorado que deja escapar un penacho de espuma entre la boca y el disco de maguey que la tapa.

Gruñe señor Dámaso su satisfacción y gruñe el Sultán, atacando ferozmente en pelado costillar de guajolote, que los perros de la vecindad contemplan lastimeramente, casi llorosos, desde la puerta donde Ramona los mantiene a raya, amenazándolos con un tizón.

En una de tantas vueltas del cantarito, señora Martina siente ganas de cantar y a la otra llora, acordándose de sus mocedades. Señor Dámaso es bota curada, y cuando su vieja quiere venir a compartir con él

las efusiones de su corazón, de un seco puntapié la despatarra.

A los muchachos no les cabe la alegría en el cuerpo.

—Hora, pues, vamos a refrescarnos por allá ajuerita.

Pretexto para dejar al viejo con las mujeres. Ciriaco se incorpora el primero, adormilados los ojos y encendidas las mejillas.

Salen en derechura del arroyo. Ronca un automóvil a lo lejos y Cirilo Gutiérrez avizora

—Pué que sea don Carlos Valdivia.

Un mechón le tapa media cara y sólo ve con un ojo. Ojo torvo, bilioso y siempre al sesgo. Lo mismo que no sabe mirar de frente nunca dice una frase sin reticencias.

—Pos pué que sea Justo Jiménez.

—Es el coche nuevo del niño Arturo.

—¿A que no te acuerdas ya del niño Arturo, Ciriaco?

—De acordarme hasta el cuerpo se me achina... hijo de la...

—Pos a mí todavía al mes me estaban sacando las espigas de las nalgas y del lomo.

—¿A que no le damos hora una bañada en los nopales como la que él nos dió?

—El que sea más machito que haga tirón...

Y todos corren a emboscarse entre los jarales a la vera del camino.

\* \* \*

Reventazón de peñascos por un lado hasta el fondo del abismo, reventazón de rocas gigantescas por el otro hasta las nubes espumosas que cierran el cañón. Y a cada momento la pétrea cortina, ardida y pelada, donde se siente la inminencia del choque, y la curva ágil y violenta de Sacramento, siguiendo el culebreo de la carretera para enfrentarse de nuevo con otro murallón y otro despeñadero.

Don Arturo y el Ingeniero sonríen con esa sonrisa seca y siniestra de la juventud, ante el peligro burlado. Pero el viejo, color de acero, hundido en el asiento del fondo, opta por entrecerrar los ojos.

—Sin tanta vuelta, don Carlos, en diez minutos se haría este recorrido.

—Y vamos con media hora sin poder salir de este infierno.

Hay un intervalo de camino recto y parejo. Don Carlos se reanima:

—Hace cuatro años no teníamos más medio de comunicación con el ferrocarril que una vereda tan angosta, que de frente sólo un hombre o una bestia podían caminar.

—Lo que significa que cuando en cualquier parte del país un hectólitro de maíz, por ejemplo, valía cinco pesos, en San Gabriel de los Valdivias no alcanzaría ni los dos cincuenta.

—¡Qué va, hombre! Jamás les compré a mis medieros a más de un peso la fanega.

—Lo que la revolución, pues, nos ha traído ni es tan negro ni tan malo como por ahí se cuenta.

—¡Cinco millones de pesos le cuesta al país esta carretera, Ingeniero!

—Más que fuera....

—Cinco millones sustraídos del bolsillo del infeliz contribuyente, no más para que un tal Justo Jiménez pueda ir y venir a la hacienda que nos ha robado y transporte con facilidad los productos de su rapiña.

—Es doloroso. Pero hay que consolarse con que todos estos productos benefician ahora a un gran número de pobres gentes.

—Pero ¿no sabe usted que de esos cinco millones, más de la mitad se le han quedado entre las uñas a este bandido?

—De otra manera no hubiera ascendido tan pronto de bolero a millonario. Pero lo que usted no me podrá

negar es que en manos de los señores Valdivias y durante más de un centenar de años estos terrenos no tuvieron irrigación, ni mucho menos el camino que ha centuplicado su valor.

—¿Y tanta vida sacrificada? Para aprender a manejar la dinamita estas pobres gentes perecieron por centenares.

—Menos seguramente que las que han perecido sólo en provecho del latifundio.

—Nadie le ha hecho más daño a la pobre humanidad que los teorizantes. Con palabras se les llena la boca. Estas tierras no rinden ahora lo que normalmente producían en manos de nosotros los reaccionarios, los parásitos, los vampiros del pobre infortunado. ¡Ni el cinco por ciento!

—Nuestros campesinos están asustados todavía del tesoro que se ha puesto en sus manos y no saben qué hacer con él...

—¡Nuestros campesinos! Como si el reparto de tierras que han hecho ustedes hubiera sido siquiera en beneficio de nuestros campesinos. Como si ese piojero de haraganes que ustedes nos han traído fuera nuestra verdadera gente de trabajo. Esos son los verdaderos parásitos de la nación: esos que sin saber ni coger un arado quieren que el país los mantenga. Para el líder agrarista y su langosta, las cajas de la tesorería nacional siempre abiertas; para el hombre de trabajo, las gabelas, las exacciones, las injusticias y las iniquidades de nuestros mandarines. Y mientras que el verdadero trabajador se muere de hambre, la comparsa política se ahita sin más obligación que la de desempeñar su odioso papel en la mascarada socialista.

Habían alcanzado la parte más elevada del camino, cuando el sol comenzaba a declinar, tiñendo en sangre las peñas abiertas como por ciclópeos machetazos. Con voracidad sideral la luz de oro se tragaba los cerros de abajo, ondulaciones azuladas y la blanca y mí-

nima comunidad agraria de San Gabriel de los Valdivias. En la inmensidad de la planicie, las manchitas claras y frescas del caserío, las coloreadas y apenas perceptibles de las reses, el cristal inmóvil de la presa y las escarchas diseminadas del río entre la esmeralda que lo arropa a largos trechos.

Enconada la disputa no falta pretexto parar reanudarla.

—Politiquerías, politiquerías—rumora don Carlos como hablando consigo mismo.

—Politiquerías, en efecto, es todo lo que se opone no más al triunfo completo de la revolución. El liderismo ha sido un factor muy importante para el despertamiento del pueblo; pero el día que el pueblo se dé cuenta de que el líder se ha convertido en su parásito, lo arrojará de sus propiedades con mayor facilidad que a ustedes....

—¿A nosotros?

—¿Estos pelados desgraciados?

Hasta don Arturo, que se había mantenido ecuánime, ahora toma parte en la disputa:

—Entre mi padre y yo, solos los dos, hicimos correr a más de cien piojos de estos.

—Había qué ver el regadero de palos y machetes que dejaron....

—Corrían más ligero que un coyote...

—A mí me quemaron el sombrero.

—Míreme esta cicatriz en el cuello...

—¿Y qué tales cachetadas le dí ese día al tal Justo Jiménez, Arturo?

—¡Limpiabotas desgraciado!...

—Montoneros no más.

Padre e hijo se quitan la palabra, entusiasmados por el recuerdo de su hazaña. Sus voces se confunden: uno grita para hacerse oír y el otro grita más fuerte entonces. Les brillan los ojos, les brillan los dientes en una risa loca.

—Se apoderaron de la hacienda, pero hasta que vinieron tropas federales y cuando ya nosotros habíamos abandonado la casa.

En este momento todos tienen que cogerse violentamente de lo primero que encuentran al alcance de su mano para no saltar de cabeza al precipicio, porque Sacramento en una curva ha dado frenos bruscamente. El Ingeniero se pone marmóreo; por instinto, don Carlos y don Arturo se llevan las manos a sus revólvers. Es el pánico por un hombre a caballo que acaba de aparecer a la vera.

—¡Ah! es el mozo del mineral que viene a encontrarme—dijo el Ingeniero reconociéndolo. Y ahí se apeó del coche y don Carlos y don Arturo lo despidieron muy cortesmente, pero con los labios lívidos aun.

—Es muy bromista el Ingeniero, papá.

—Un majadero...

Comenzó el descenso en un silencio embarazoso. El mismo Sacramento, avergonzado, meneaba de vez en vez su sombrero.

Cuando entre secos ramajes asomaron las paredes de adobe de Las Vacas, lote que el líder agrarista designó al propietario de la hacienda, dijo don Carlos que allí se quedaría, e hizo detener el carro.

—¿Te sientes malo, papá?

—Como si me hubieran dado una paliza.

—Regresaremos si quieres.

—Que te lleve Sacramento, y si es posible regresa ahora mismo.

—Conozco el camino y mi carro tan bien, que llegaría a San Gabriel hasta con los ojos vendados. Sacramento se queda contigo, papá, y si no regreso hoy mismo no te alarmes. La llevo bien con todo el mundo, y el mismo Justo Jiménez no me mira mal.

—No me lo mientes que las tripas se me hacen nudo. Vé con Dios y en cuanto arregles tu asunto vuelves. Siento ya la bilis hasta en los dientes.

Con el descenso la carretera se amansa; al agresivo peñascal suceden pronto flancos enormes de aromáticos pinos. El coche va a cuarenta kilómetros. El aire resinoso sopla en la frente de don Arturo, le vuela los cabellos y le refresca la sangre. Lleva ciertamente al cacique hasta en la médula de sus huesos, pero sus ojos miran lo que don Carlos no podrá ver jamás. Gente nueva, cosas nuevas, mundo nuevo. Piensa que «el pelado odia toda la vida al que ve bañado»; pero no más mientras es pelado. ¿Botones? a montones: generales, gobernadores, no digamos diputados y gentes de menor cuantía. Pero puede comprender que en su casa tan señor es el pelado como el mismo señor obispo. Y con reconocer esto y otro poco más, es bastante para que se rompan diques, se aplanen asperezas y se pueda vivir en armonía con todo el mundo.

A medida que se pronuncia el descenso y aumenta la velocidad y ronca más fuerte el abejorro, los pinos se aprietan más hasta no dejar rastro alguno de las peñas.

Se abochorna. Abierta la camisa, desnudo el cuello blanco y rollizo, el viento la abullona sobre un pecho fuerte y velludo.

Una cerveza helada. Hasta una del tenducho del Chueco Morales que ni es helada ni lleva nombre de pila. Hasta dos si se ha tomado la primera. Y si anda por allí Juanita González puede ser que se le haga el gasto al Chueco hasta que cierre su tugurio. «Juanita nos trae locos». ¡Qué negocio ni qué nada en San Gabriel! Lo cierto es que nadie puede decir: «Juanita me prefiere» y menos aun «Juanita es mía». Puede que Justo Jiménez lo diga. Pero del dicho al hecho hay mucho trecho».

Juanita entra y manda pues. El Ingeniero, sin tacto ni educación, el mismo don Carlos con su quejumbres y su bilis, son desalojados sin pretexto alguno. Y Juanita resuena como el eco de una campanita de plata.

El tiene diez y nueve años, buen parecer, maneras llanas, es naturalmente afectuoso y *disparador* a las veces. Si ellos lo miran bien para ellas es una penca de miel de abejas. Su pecho se hincha y relucen sus ojos. Cincuenta quilómetros. San Gabriel de los Valdivias a la luz acanterada del ocaso. Más bien dicho, Jiménez, endeble y raquítrico aun, pero enraizando ya en las ruinas de San Gabriel de los Valdivias. Arturo Valdivia. ¡Puf! San Gabriel o Jiménez, es igual. De todos modos alegre, con mucha manta lavada, muchos percales, porque es *día domingo*.

Ahora ni calor ni frío, ni el verdinegro pinar, ni el risco escueto. Nopaleras y malezas en pleno campo raso. Detrás la montaña que se arrebuja, poco a poco, en tul celeste. Y un magnífico sopor al balancearse en mullidos cojines y gruesos cautchucs.

Todo se auna, en efecto, para disculparlo de no haberse sabido defender como los machos. El dice que fueron más de una docena los garrudos y hasta que vió el relampaguear de los puñales.

No es verdad. Fueron Nicolás Arenas, Cirilo Gutiérrez de puro entrometido, Felipe González y Ciriaco. Si el auto se quedó panza arriba entre la nopalera fué por la impericia de Felipe, chofer improvisado. Uno le había saltado por una ventanilla, el otro por la otra y los otros dos por delante. El coche se llenó al instante. No quedaba más recurso que seguir la broma:

—¿Quiúbule, muchachos, qué les pasa?

—Semos nosotros mero, niño Arturo, no se asuste.

Cirilo Gutiérrez que nada tiene que cobrar, pero que gusta de deberle a todo el mundo, lo levanta brutalmente por la cintura y hace que Felipe González coja el volante.

Por eso pues ¿qué diablos quieren?

—Sin coraje, niño Arturo, que es pura broma.

—¿Se acuerda, niño Arturo, de que en esta misma

nopalera nos volteó la cabeza y se fué echando las tripas de risa?

—¿Se acuerda niño Arturo que en este mismo camino nos le trepamos hace cuatro años pa estrenar su coche nuevo?

No hubo siquiera para qué quitarle la pistola. Uno lo cogió por el cuello, otro por los brazos y dos por las piernas.

—A la una...

—A las dos...

—Y a las tres...

Se incorporó, aturdido todavía y claveteado de espigas. Ciriaco, que de compasivo se había apartado de sus compañeros para auxiliarlo, escuchó más insolencias de las que había aprendido en el cuartel. Con haber levantado la mano un poco no más habría bastado. Pero Ciriaco sentía vergüenza y coraje. Vergüenza de sí mismo, coraje consigo mismo. Cuando don Arturo se canzó de injurarlo, Ciriaco le respondió con acento desvahido:

—Niño Arturo: el que la debe la paga...